

Muchos veo que lo traen por uso, y á ninguno ahorcado por ello: si fuera delito, mala cosa ó hurto, claro está que se castigara; pues por menos de seis reales vemos azotar y echar cien pobres á las galeras. Por no ser contra mi padre, quisiera callar lo que siento, aunque si he de seguir al filósofo, mi amigo es Platon, y mucho mas la verdad conformándose con ella: perdone todo viviente, que canonizo este caso por muy gran bellaquería, digna de muy ejemplar castigo.

¶ Alguno del arte mercante me dirá: mirad, por qué consistorio de pontífice y cardenales va determinado; ¿quién mete al idiota, galeote, pícaro, en establecer leyes ni calificar los tratos que no entiende? Ya veo que yerro en decir lo que no ha de aprovechar, que de buena gana sufriera tus oprobios, en tal que se castigara y tuviera remedio esta honrosa manera de robar, aunque mi padre estreñara la horca. Corra como corre, que la reformation de semejantes cosas importantes, y otras que lo son mas, van de capa caída, y á mi no me toca: *es dar voces al lobo, tener el sol, y predicar en desierto.*

Vuelvo á lo que mas le achacaron, que estuvo preso por lo que tú dices ó á tí te dijeron: que por ser hombre rico, y como dicen, *el padre alcalde y compadre el escribano*, se libró, que hartos indicios hubo para ser castigado. Hermano mio, los indicios no son capaces de castigo por sí solos. Así te pienso concluir, que todas han sido consejas de borneras, mentiras y falsos testimonios levantados; porque confesándote una parte, no negarás de la mia ser justo defenderte la otra. Digo, que tener compadres escribanos, es conforme al dinero con que cada uno pleitea; que en robar á ojos vistas, tienen algunos el alma de gitano, y harán de la justicia el juego de pasa pasa, poniéndola en el lugar que se les antojare, sin que las partes lo puedan impedir, ni los letrados lo sepan defender, ni el juez juzgar.

¶ Y antes que me buya de la memoria, oye lo que en la iglesia de San Gil de Madrid predicó á los señores del consejo supremo un docto predicador un viernes de la cuaresma. Fué discurrendo por todos los ministros de justicia hasta llegar al escribano, al cual dejó de industria para la postre, y dijo: «aquí ha parado el carro, metido y sonrodado está en el lodo; no sé cómo salga, si el ángel de Dios no revuelve la piscina. Confieso, señores, que de treinta y mas años á esta parte tengo vistas y oídas confesiones de muchos pecadores, que caidos en un pecado reincidieron muchas veces en él; y á todos por la misericordia de Dios, que han salido dél reformando sus vidas y conciencias. Al amancebado consumieron el tiempo y la mala mujer; y al jugador desengañó el tablero que, como sanguijuela de unos y otros, poco á poco chupa la sangre; hoy ganas, mañana pierdes, rueda el dinero vásele quedando, y los que juegan sin él. Al famoso ladrón reformaron el miedo y la vergüenza; al temerario murmurador, la perlesía de que pocos escapan; al soberbio su misma miseria lo desengaña, conociéndose que es lodo; al mentiroso puso freno la mala voz y afrontas que de ordinario recibe en sus mismas barbas; al desatinado blasfemo corrigieron continuas reprehensiones de sus amigos y deudos: todos tarde ó temprano sacan fruto, y dejan como la culebra el hábito viejo, aunque para ello se estreche; á todos he hallado señales de su salvacion; en solo el escribano pierdo la cuenta; ni le hallo enmienda mas hoy que ayer, este año que los treinta pasados, que siempre es el mismo; ni sé cómo se confiesa, ni quién lo absuelve (digo al que no usa fielmente de su oficio), porque informan y escriben lo que se les antoja, y por dos ducados ó por complacer al amigo, y aun á la amiga (que negocian mucho los mantos) quitan las vidas, las honras y las haciendas, dando puerta á infinito número de pecados. Pecan de codicia insaciable, tienen hambre canina, con un calor de fuego infernal en

el alma, que les hace tragar sin mascar á diestro y á siniestro la hacienda ajena; y como reciben por momentos lo que no se les debe, y aquel dinero, puesto en las palmas de las manos, en el punto se convierte sangre y carne, no lo pueden volver á echar de sí, y al mundo y al diablo sí. Y así me parece que cuando alguno se salva (que no todos deben de ser como los que yo he llegado á tratar), al entrar en la gloria dirán los ángeles unos á otros llenos de alegría: *Lætamini in Domino*, escribano en el cielo, fruta nueva, fruta nueva. » Con esto acabó su sermón. ¶ Que hayan vuelto al escribano! pase; también sabrá responder por sí, dando á su culpa disculpa; que el hierro también se puede dorar; y dirán que son los aranceles del tiempo viejo, que los mantenimientos cada día valen mas; que los pechos y derechos crecen, que no les dieron de balde los oficios, que de su dinero han de sacar la renta y pagarse de la ocupacion de su persona. ¶

¶ Y así debió de ser en todo tiempo, pues Aristóteles dice que el mayor daño que puede venir á la república es de la venta de los oficios; y Alcámenno Esparto, siendo preguntado cómo será un reino bienaventurado, respondió: que menospreciando el rey su propia ganancia; mas el juez que se lo dieron gracioso, en confianza, para hacer oficio de Dios, y así se llaman dioses de la tierra; decir deste tal que vende la justicia, dejando de castigar lo malo y premiar lo bueno, y que si le hallara rastro de pecado lo salvara; niégolo y con evidencia lo pruebo. ¿Quién ha de creer haya en el mundo juez tan malo, descompuesto ni desvergonzado (que tal sería el que tal hiciese) que rompa la ley, y le doble la vara un monte de oro? Bien que por ahí dicen algunos, que esto de pretender oficios y jurisdicciones va por ciertas indirectas y destiladeras, ó por mejor decir, falsas relaciones con que se alcanzan, y después de constituidos en ellos, para volver algunos á poner su caudal en pié, se vuelven como pulpos. No hay poro ni coyuntura en todo su cuerpo que no sean bocas y garras: por allí les entra y agarran el trigo, la cebada, el vino, el aceite, el tocino, el pan, el lienzo, sedas, joyas y dineros. Desde las tapicerías hasta las especerías, desde su cama hasta la de su mula, desde lo mas granado hasta lo mas menudo, de que solo el arpon de la muerte los puede desasir; porque en comenzándose á corromper, quedan para siempre dañados con el mal uso; y así reciben como si fuesen gajes, de manera que no guardan justicia: disimulan con los ladrones, porque les contribuyen con las primicias de lo que roban; tienen ganado el favor y perdido el temor tanto el mercader como el regatón, y con aquello cada uno tiene su ángel de guarda comprado por su dinero (ó con lo mas difícil de enajenar) para las impertinentes necesidades del cuerpo, demás del que Dios les dió para las impertinentes del alma. ¶

¶ Bien puede ser que algo desto suceda, y no por eso se ha de presumir; mas el que diere con la codicia en semejante baja, será de mil uno, mal nacido y de viles pensamientos, y no les quieras mayoral ni desventura; consigo lleva el castigo, pues anda señalado con el dedo: es murmurado de los hombres, aborrecido de los ángeles, en público y secreto vituperado de todos; y así no por este han de perder los demás; y si alguno se queja de agraviado, debes creer que como sean los pleitos contiendas de diversos fines, no es posible que ambas partes queden contentas de un juicio, quejosos ha de haber con razon ó sin ella; pero advierte que estas cosas quieren solicitud y maña; y si te falta será la culpa tuya, y no será mucho que pierdas tu derecho, no sabiendo hacer tu hecho; y que el juez te niegue la justicia, porque muchas veces la deja de dar al que le consta tenerla, porque no la prueba, y lo hizo el contrario bien, mal, ó como pudo; y otras por negligencia de la parte, ó porque les falta fuerza y dineros con que seguirla, y tener opositor poderoso; y así no es bien culpar jueces y menos en superiores tribunales, donde son

muchos y escogidos entre los mejores; y cuando uno por alguna pasion quisiese precipitarse, los otros no la tienen y le irian á la mano. Acuérdomé que un labrador de Granada solicitaba (por su interés) un pleito en voz de consejo, contra el señor de su pueblo, pareciéndole que lo habia con Pero Crespo el alcalde dél, y que pudiera traer los oidores de la oreja; y estando un día en la plaza Nueva mirando la portada de la chancillería, que es uno de los mas famosos edificios, en su tanto, de todos los de España, y á quien de los de su manera no se les conoce igual en estos tiempos, vió que las armas reales tenian en el remate á los dos lados la justicia y fortaleza. Preguntándole otro labrador de su tierra ¿qué hacia, por qué no entraba á solicitar su negocio, le respondió: estoy considerando que estas cosas no son para mí, y de buena gana me fuera para mi casa; porque en esta tienen tanta alta la justicia, que no se deja sobajar ni se la podrá alcanzar. ¶

No es maravilla, como dije, y lo sería, aunque uno la tenga, no sabiendo ni pudiéndola defender, si se la diesen. A mi padre se la dieron porque la tuvo, la supo y pudo pleitear; demás, que en el tormento purgó los indicios, y tachó los testigos de pública enemistad, que deponian de vanas presunciones y de vano fundamento.

¶ Ya oigo al murmurador, diciendo la mala voz que tuvo, rizarse, afeitarse y otras cosas que callo, dineros que hullian, presentes que cruzaban, mujeres que solicitaban, me dejan la espina en el dedo. Hombre de la maldicion, mucho me aprietas, y cansado me tienes: pienso de esta vez dejarte satisfecho y no responder mas á tus replica-tos, que sería proceder en infinito aguardar á tus replica-tos: así, no digo que dices disparates, ni cosa de que no puedas obtener la parte que quisieres, en cuanto la verdad se determina; y cuando los pleitos andan de ese modo escandalizan, mas todo es menester. Librete Dios de juez con leyes de encaje, y escribano enemigo y de cualquier dellos cohechado. Mas cuando te quieras dejar llevar de la opinion y voz del vulgo (que siempre es la mas flaca y menos verdadera, por serlo el sujeto donde sale) dime como cuerdo: ¿todo cuanto has dicho es parte para que indubitadamente mi padre fuese culpado? Y mas, que si es cierta la opinion de algunos médicos que lo tienen por enfermedad, ¿quién puede juzgar si mi padre no estaba sano? Y á lo que en España lo consienten, cuanto mas á los que lo hacen: lo que le vi el tiempo que le conocí te puedo decir: era blanco, rubio, colorado, rizo, y creo de naturaleza tenia los ojos grandes turquesados; traía co-pete y sienes ensortijadas; si esto era propio, no fuera justo, dándole Dios, que se tiznara la cara ni arrojara en la calle semejantes prendas; pero si es verdad, como dices, que se valia de untos y artificios de sebillos, que los dientes y manos que tanto le loaban, era á poder de pol-villos, hieles, jabonetes y otras porquerías, confesaréte cuanto dél dijeres, y seré su capital enemigo, y de todos los que de cosa semejante tratan; pues demás que son actos de afeminados maricas, dan ocasión para que dellos murmuren, y se sospeche toda vileza, viéndolos embarrados y compuestos con las cosas tan solamente á mujeres permitidas, que por no tener bastante hermosura, se ayudan de pinturas y barnices á costa de su salud y dinero; y es lástima de ver que no solo las feas son las que aques-to hacen, sino aun las muy hermosas que, pensando parecerlo mas, comienzan en la cama por la mañana y acaban á mediodía la mesa puesta; de donde (no sin razon) digo que la mujer cuanto mas mirare la cara, tanto mas destruye la casa. Si esto es aun en mujeres vituperio, ¿cuánto lo será mas en los hombres? ¶

¶ Oh fealdad sobre toda fealdad, afronta de todas las afrontas! No me podrás decir que amor paterno me ciega, ni el natural de la patria me cohecha, ni me hallarás

fuera de razon y verdad; pero si en lo malo hay descargo, cuando en alguna parte hubiera sido mi padre culpado, quiero decirte una curiosidad, por ser este su lugar, y todo sucedió casi en un tiempo: á tí te servirá de aviso, y á mí de consuelo como mal de muchos. ¶

¶ El año de mil quinientos y doce, en Ravena, poco antes que fuese saqueada, hubo en Italia crueles guerras; y en esta ciudad nació un monstruo muy extraño que puso grandísima admiracion. Tenia de la cintura para arriba todo su cuerpo, cabeza y rostro de criatura humana, pero un cuerno en la frente. Faltábanle los brazos, y dióle naturaleza por ellos en su lugar dos alas de murciélago: tenia en el pecho figurada la (Y) pitagórica, y en el estómago acia el vientre una cruz bien formada. Era hermafrodito, y muy formados los dos naturales sexos. No tenia mas de un muslo, y en él una pierna con su pié de milano, y las garras de la misma forma: en el fudo de la rodilla tenia un ojo solo. De aquestas monstruosidades tenian todos muy grande admiracion; y considerando personas muy doctas, que siempre semejantes monstruos suelen ser prodigiosos, pusieron á especular su significacion, y entre las mas que se dieron, fué sola bien recibida la siguiente: que el cuerno significaba orgullo y ambicion; las alas, inconstancia y lijereza; falta de brazos, falta de buenas obras; el pié de ave de rapiña, rohos, usuras y avaricias; el ojo en la rodilla, aficion á vanidades y cosas mundanas; los dos sexos, sodomía y bestial bruteza. En todos los cuales vicios abundaba por entonces toda Italia, por lo cual Dios la castigaba con aquel azote de guerras y disensiones; pero la cruz y la (Y) eran señales buenas y dichosas, porque la (Y) en el pecho significaba virtud; la cruz en el vientre, que si (reprimiendo las torpes carnalidades) abrazasen en su pecho la virtud, les daría Dios paz, y ablandaría su ira. Ves aquí (en caso negado) que cuando todo corra turbio, iba mi padre con el hilo de la gente, y no fué solo el que pecó; harto mas digno de culpas serias tú, si pecases, por la mejor escuela que has tenido. Ténganos Dios de su mano para no caer en otras ó semejantes miserias, que todos somos hombres. ¶

CAPITULO II.

En que Guzmán de Alfarache prosigue contando quiénes fueron sus padres, y principio de conocimiento y amores de su madre.

Volviendo á mi cuento, ya dije (si mal no me acuerdo) que cumplida la penitencia, vino á Sevilla mi padre por cobrar la deuda, sobre que hubo muchos dares y tomarses, demandas y respuestas, y si no se hubiera purgado en salud, bien creo que le faltara en arrestin; mas como se labró sobre sano, ni le pudieron coger por ceca, ni descubrieron blanco donde hacerle tiro. Hubieron de tomarse medios, el uno por no pagarlo todo, y el otro por no perderlo todo: del agua vertida cogióse lo que se pudo; con lo que le dieron volvió el naípe en rueda. Tuvo tales y tan buenas entradas y suertes, que ganó en breve tiempo de comer y aun de cenar. Puso una honrada casa, procuró ar-raigarse, compró una heredad, jardin de San Juan de Alfarache, de mucha recreacion, distante de Sevilla poco mas de media legua, donde muchos dias, en especial por las tardes el verano, iba por su pasatiempo y se hacian banquetes. Aconteció, que como los mercaderes hacian lonja para sus contrataciones en las gradas de la iglesia mayor, que era un andén ó paseo hecho á la redonda de-lla, por la parte de afuera tan alto como á los pechos, considerado desde lo llano de la calle á poco mas ó menos, todo cercado de gruesos mármoles y fuertes cadenas, estando allí mi padre paseándose con otros tratantes, acertó á pasar un cristianismo, á lo que se supo era hijo secreto de cierto personaje. Entróse tras la gente hasta la pila del bautismo por ver á mi madre que, con cierto caballero viejo, de hábito militar que por serlo comia mu-

cha renta de la iglesia) eran padrinos. Ella era gallarda, grave, graciosa, moza, hermosa, discreta y de mucha compostura. Estúvola mirando todo el tiempo que dió lugar el ejercicio de aquel sacramento, como abobado de ver tan peregrina hermosura, porque con la natural suya, sin traer aderezo en el rostro, era tan curiosa y bien puesto el de su cuerpo, que ayudándose unas prendas á otras, toda en todo, ni el pincel puede llegar, ni la imaginación aventajarse. Las partes y faiciones de mi padre ya las dije.

Las mujeres, que les parece los tales hombres pertenecer á la divinidad, y que como los otros no tienen pasiones naturales, echó de ver con el cuidado que la miraba, y no menos entre sí holgaba dello, aunque lo disimulaba; que no hay mujer tan alta que no huelgue ser mirada, aunque el hombre sea muy bajo: los ojos parlaron, las bocas callando, se hablaron, manifestando por ellos los corazones, que no consentían las almas velos en estas ocasiones. Por entonces no hubo mas de que se supo ser prenda de aquel caballero, dama suya, que con gran recato la tenia consigo. Fuése á su casa la señora, y mi padre quedó rematado sin poderla un punto apartar de sí. Hizo para volver á verla muy extraordinarias diligencias; pero si no fué algunas fiestas en misa, jamás pudo de otra manera en muchos días. La gotera cava la piedra, y la porfia siempre vence, porque la continuacion en las cosas las dispone. Tanto cavó con la imaginacion, que halló traza por los medios de una buena dueña de tocas largas reverendas, que suelen ser las tales ministros de Satanás, con que mina y postra las fuertes torres de las mas castas mujeres, que por ellas mejorarse de monjiles y mantos, y tener en sus cajas otras de mermelada, no habrá traicion que no intenten, fealdad que no soliciten, sangre que no saquen, castidad que no manchen, limpieza que no ensucien, ni maldad con que no salgan. A esta pues, acariciándola con palabras, y regalándola con obras, iba y venia con papeles; y porque la dificultad está toda en los principios, y al enhornar suelen hacerse los panes tuertos, él se daba buena maña; y por haber oído decir que el dinero allana las mayores dificultades, siempre manifestó su fe con obras, porque no se la condenasen por muerta.

Nunca fué perezoso ni escaso: comenzó (como dije) con la dueña á sembrar, con mi madre á prodigamente gastar: ellas alegremente á recibir; y como al bien la gratitud es tan debida, y el que recibe queda obligado á reconocimiento, la dueña lo solicitó de modo, que á las buenas ganas que mi madre tuvo, fué llegando leño á leño, y de flacas estopas levantó brevemente un terrible fuego, que muchas livianas burlas acontecen hacer pesadas veras. Era (como lo has oído) mujer discreta, quería y recelaba, iba y venia á su corazón, como al oráculo de sus deseos, poniendo el pro y el contra: ya lo tenia de la haz, ya del envés; ya tomaba resolucion, ya lo volvía á conjugar de nuevo. Ultimamente, ¿qué no la plata, qué no corrompe el oro? Este caballero era hombre mayor, escupía, tosía, quejábale de piedra, riñon y urina; muy de ordinario lo habia visto en la cama desnudo á su lado, no le parecía como mi padre, de aquel talle ni brio; y siempre el mucho trato (donde no hay Dios) pone enfado; las novedades aplacen, especialmente á mujeres que son de suyo noveleras, como la primera materia, que nunca esa de apetecer nuevas formas. Determinábase á dejarlo y mudar de ropa, dispuesta á saltar por cualquier inconveniente; mas la mucha sagacidad suya y largas esperiencias, heredadas y mamadas al pecho de su madre, la hicieron camino, y ofrecieron ingeniosa resolucion; y sin duda el miedo de perder lo servido la tuvo perpleja en aquel breve tiempo, que de otro modo ya estaba bien picada, que lo que mi padre le significó una vez, el diablo se lo repitió diez; y así, no estaba tan dificultosa de ganarse Troya. La señora mi madre hizo su

cuenta. En esto no pierde mi persona, ni vendo alhaja de mi casa; por mucho que á otros dé, soy como la luz: entera me quedo, y nada se me gasta. De quien tanto he recibido, es bien mostrarme agradecida, no le he de ser avarienta, con esto coseré á dos cabos, comeré con dos carrillos, mejor se asegura la nave sobre dos ferros que con uno; cuando el uno suelte, queda el otro asido; y si la casa se cayere, quedando el palomar en pié, no le han de faltar palomas. En esta consideracion trató con su dueña el cómo y cuándo sería. Viendo pues que en su casa era imposible tener sus gustos efecto, entre otras muchas y muy buenas trazas que se dieron, se hizo, por mejor, eleccion de la siguiente:

Era entrado el verano, fin de mayo, y el pago de Gelves y San Juan de Alfarache el mas deleitoso de aquella comarca, por la fertilidad y disposicion de la tierra, que es toda una, y vecindad cercana que le hace el rio Guadalquivir famoso, regando y calificando con sus aguas todas aquellas huertas y florestas, que con razon, si en la tierra se puede dar conocido paraíso, se debe á este sitio el nombre dél: tan adornado está de frondosas arboledas, lleno y esmaltado de varias flores, abundante de sabrosos frutos, acompañado de plateadas corrientes, fuentes espejadas, frescos aires y sombras deleitosas, donde los rayos del sol no tienen en tal tiempo licencia ni permission de entrada. A una destas estancias de recreacion concertó mi madre, con su medio matrimonio, y alguna de la gente de su casa, venirse á holgar un dia, y aunque no era á la de mi padre la heredad adonde iban, estaba un poco mas adelante, en término de Gelves, que de necesidad se habia de pasar por nuestra puerta. Con este cuidado, y sobre concierto, cerca de llegar á ella, mi madre se comenzó á quejar de un repentino dolor de estómago; ponía el achaque al fresco de la mañana de do se habia causado; fatigóla de manera que le fué forzoso dejarse caer de la jamuga, en que en un pequeño sardesco iba sentada, haciendo tales estremos, gestos y ademanes, apretándose el vientre, torciendo las manos, desmayando la cabeza, desabrochándose los pechos, que todos la creyeron y á todos amancillaba, teniéndola compasiva lástima. Comenzábase á llegar pasajeros, cada uno daba su remedio; mas como no habia de donde traerlo ni lugar para hacerlo, eran impertinentes; volver á la ciudad imposible, pasar de allí dificultoso, estarse quedos en medio del camino, ya puedes ver el mal cómodo; los accidentes crecian, todos estaban confusos no sabiendo qué hacerse. Uno de los que llegaron (que fué de propósito echado para ello), dijo: quítenla del pasaje, que es crueldad no remediaria, y métanla en la casa desta heredad primera.

Todos lo tuvieron por bueno, y determinaron, en tanto que pasase aquel accidente, pedir á los caseros la dejasen entrar: dieron algunos golpes apriesa y recio; la casera fingió haber entendido que era su señor, salió diciendo: ¡Jesus, Jesus, ay Dios! perdone vuesa merced, que estaba ocupada y no pude mas; bien sabia la vejezuela todo el cuento, y era de las que dicen, *no chero, no sabo*; dotrinada estaba en lo que habia de hacer, y de mi padre prevenida, demás que no era lerda, y para semejantes achaques tenia en su servicio lo que habia menester; y en esto, entre las mas ventajas la hacen los ricos á los pobres, que los pobres, aunque buenos, siempre son ellos los que sirven á sus malos criados, y los ricos, aunque malos, sirviéndose de buenos, son solos los bien servidos. Mi buena mujer abrió su puerta, y desconocida la gente, dijo con disimulo: mal hora, que pensé que era nuestro amo, y no me ha dejado gota de sangre en el cuerpo, de cómo me tardaba. Y bien, ¿qué es lo que mandan los señores? ¿Quiéren algo sus mercedes? El caballero respondió: mujer honrada, que nos deis lugar donde esta señora descansa un poco, que le ha hado en el camino un grave dolor de estómago. La casera, mostrándose con sentimiento, pesarosa, dijo:

noramala sea, ¡qué dolor mal empleado en su cara de rosa! Entren en buen hora, que todo está en su servicio. Mi madre, á todas estas no hablaba, y de solo su dolor se quejaba. La casera, haciéndole las mayores caricias que pudo, les dió la casa franca, metiéndolos en una sala baja, donde en una cama que estaba armada, tenia puestos en rima unos colchones; presto los desdobló, y tendidos, luego sacó de un cofre sábanas limpias y delgadas, colcha y almohadas, con que le aderezó en que reposase.

Bien pudiera estar la cama hecha, el aposento lavado, todo perfumado, ardiendo los pevetes, y los pomos vaheando, el almuerzo aderezado, y puestas á punto muchas otras cosas de regalo; mas alguna dellas, ni la casera llegar á la puerta, ni tenella menos que cerrada convino, antes aguardó á que llamasen para que no pareciera cautela que pudiera engendrar sospecha, de donde viniera fácilmente á descubrirse la encamisada, que tal fué la deste dia. Mi madre con sus dolores desnudóse, metióse en la cama; pidiendo á menudo paños calientes, que siéndole traídos, haciendo como que los ponía en el vientre, los bajaba mas abajo de las rodillas, y aun algo apartados de sí; porque con el calor le daban pesadumbre, y temia no le causasen alguna remocion, de donde resultara alojarse el estómago. Con este beneficio se fué aliviando mucho, y fingió querer dormir, por descansar un poco. El pobre caballero, que solo su regalo deseaba, holgó dello, y la dejó en la cama sola: luego cerrando con un cerrojo la sala por defuera, se fué á desenfadar por los jardines, encargando el silencio, que nadie abriese ni hiciese ruido, y á la buena de nuestra dueña en guarda, en tanto que ella recordada llamase. Mi padre no dormía, que con atencion lo estaba oyendo todo, y acechando lo que podia por la entrada de la llave de la cerradura del postigo de un retrete, donde estaba metido; y estando todo muy quieto, y avisada la dueña y casera, que con cuidado estuviesen en alerta para darles aviso con cierta seña secreta cuando el patron volviese, abrió su puerta para ver y hablar á la señora; en aquel punto cesaron los dolores fingidos, y se manifestaron los verdaderos. En esto se entretuvieron largas dos horas, que en dos años no se podría contar lo que en ellas pasaron.

Ya iba entrando el dia con el calor, obligando al caballero á recogerse; con esto y deseo de saber la mejoría de su enferma, y si allí habian de quedar ó pasar adelante, le hizo volver á visitarla. En el punto fueron avisados, y mi padre, con gran dolor de su corazón, se volvió á encerrar adonde primero estaba.

Entrado su viejo galán, se mostró adormecida, y que al ruido recordaba. Hizo luego un melindre de enojada, diciendo: ¡ay, válgame Dios! ¿por qué abrieron tan presto, sin quererme dejar que repose un poco? El bueno de nuestro paciente le respondió: por tus ojos, niña, que me pesa de haberlo hecho, pero mas de dos horas has dormido. No, ni media, replicó mi madre, que agora me pareció cerraba el ojo, y en mi vida no he tenido tan descansado rato (no mentia la señora, que con la verdad engañaba), y mostrando el rostro un poco alegre, alabó mucho el remedio que le habian hecho, diciendo que le habia dado la vida. El señor se alegró dello, y de acuerdo de ambos concertaron celebrar allí su fiesta, y acabar de pasar el dia, porque no menos era el jardín ameno, que el donde iban; y por estar no lejos, mandaron volver la comida y las mas cosas que allá estaban. Entre tanto que desto se trataba, tuvo mi padre lugar como salir secretamente por otra puerta, y volverse á Sevilla, donde las horas eran de á mil años, los momentos largos siglos, y el tiempo que de sus nuevos amores careció penoso inferno. Ya cuando el sol declinaba, serian como las cinco de la tarde, subiendo en su caballo, como cosa ordinaria suya, se vino á la heredad. En ella balló aquellos señores,

mostró alegrarse de verlos, pesóle de la desgracia sucedida, de donde resultó el quedarse, porque luego le refirieron lo pasado. Era muy cortés, la habla sonora y no muy clara, hizo muy discretos y disimulados ofrecimientos, de la otra parte no le quedaron deudores; trabóse la amistad con muchas veras en lo público, y con mayores los dos en lo secreto, por las buenas prendas que estaban de por medio.

Hay diferencia entre buena voluntad, amistad y amor. Buena voluntad es la que puedo tener al que nunca ví, ni tuve dél otro conocimiento que oír sus virtudes ó nobleza, ó lo que pudo y bastó moverme é ello. Amistad llamamos á la que comunmente nos hacemos tratando y comunicando, ó por prendas que corren de por medio; de manera, que la buena voluntad se dice entre ausentes, y amistad entre presentes; pero amor corre por otro camino: ha de ser forzosamente reciproco, traslacion de dos almas, que cada una dellas asiste mas donde ama que adonde anima. Este es mas perfecto, cuanto lo es en el objeto, y el verdadero, el divino; así debemos amar á Dios sobre todas las cosas, con todo nuestro corazón y de todas nuestras fuerzas, pues él nos ama tanto; despues desto el conyugal y del prójimo; porque el torpe y deshonesto no merece ni es digno deste nombre, como bastardo; y de cualquier manera, donde hubiere amor, ahí estarán los hechizos, no hay otros en el mundo; por él se truecan condiciones, allanan dificultades, y doman fuertes leones; porque decir que hay bebedizos ó hocados para amar, es falso, ó lo tal solo sirve de trocar el juicio, quitar la vida, solicitar la memoria, causar enfermedades y graves accidentes. El amor ha de ser libre, con libertad ha de entregar las potencias á lo amado, que el alcaide no da el castillo cuando por fuerza se lo quitan, y el que amase por malos medios, no se le puede decir que ama, pues va forzado adonde no le lleva su libre voluntad.

La conversacion andaba, y della se pidió juego; comenzaron una primera en tercio, ganó mi madre; porque mi padre se hizo perdedizo, y queriendo anochecer, dejando de jugar, salieron por el jardín á gozar del fresco. En tanto pusieron las mesas; traída la cena cenaron, y haciendo para despues aderezar de ramos y remos un ligero barco, llegados á la lengua del agua, se entraron en él, oyendo de otros que andaban por el rio gran armonía de concertadas músicas, cosa muy ordinaria en semejante lugar y tiempo. Así llegaron á la ciudad, yéndose cada uno á su casa y cama, salvo el juicio del buen contemplativo, si mi madre, que cual otra Melisendra, durmió con su consorte, el cuerpo preso en Sansueña, y en Paris cautiva el alma.

Fué tan estrecha la amistad que se hacian de aquel dia en adelante los unos á los otros, continuada con tanta discrecion y buena maña, por lo mucho que se aventuraba en perderla, cuanto se puede presumir de la sutileza de un levantisco tinto en jinovés, que líquida y apura cuanto mas merma por ciento el pan partido á manos, ó el cortado á cuchillo; y de una mujer de las prendas que he significado, siendo de nacion andaluza, criada en buena escuela, y cursada entre los dos coros y naves de la anti-gua, que antes habia tenido achaques, de donde sin conservar cosa propia ni de respeto, el dia que asentó la compañía con el caballero, me juró que metió de puesto mas de tres mil ducados de solas joyas de oro y plata, sin el mueble de casa y ropas de vestir. El tiempo corre, y todo tras él; cada dia que amanece amanecen cosas nuevas, y por mas que hagamos, no podemos escusar que cada momento que pasa no lo fengamos menos de la vida, amaneciendo siempre mas viejos y cercanos á la muerte. Era el buen caballero (como tengo significado) hombre anciano y cansado, mi madre moza, hermosa y con salsas; la ocasion irritaba el apetito, de manera que su desorden le abrió la sepultura. Comenzó con flaquezas de estómago, demedió en dolores de cabeza, con una calenturilla; des-

pués á pocos lanceos acabó, relajadas las ganas de comer; de treta en treta lo consumió el mal vivir, y al fin murió sin podelle dar vida la que él juraba siempre que lo era suya, y todo mentira, pues lo enterraron, quedando ella viva.

Estábamos en casa cantidad de sobrinos, pero ninguno para con ellos mas de á mi de mi madre; los mas eran como pan de diezmo, cada uno de la suya, que el buen señor (á quien Dios perdona) habia hólgado poco en esta vida, y al tiempo de su fallecimiento, ellos por una parte, ni madre por otra, aun el alma tenia en el cuerpo, y no sábanas en la cama, que el saco de Anveres no fué tan riguroso con el temor del secreto. Como mi madre cuajaba la nata, era la ropera, tenia las llaves y privanza; metió con tiempo las manos donde estaba su corazon, aunque lo mas importante todo lo tenia ella, y dello era señora; mas viéndose á peligro, parecióle mejor dar con ello salto de mata, que después rogar á buenos: diéronse todos tal maña, que apenas hubo con que enterrarlo. Pasados algunos dias, aunque pocos, hicieron muchas diligencias para que la hacienda pareciese: clavaron censuras por las iglesias y á puertas de casas; mas allí quedaron, que pocas veces quien hurta lo vuelve; pero mi madre tuvo escusa, que el que buen siglo haya le decia, cuando visitaba las monedas y recorría los cofres y escritorios, ó trayendo algo á su casa: esto es tuyo y para tí, señora mia. Así le dijeron letrados, que con esto tenia satisfecha la conciencia; demás que le era deuda debida, porque aunque lo ganaba torpemente, no torpemente lo recibia.

¶ En esta muerte vine á verificar lo que antes habia oido decir, que los ricos mueren de hambre, los pobres de ahitos, y los que no tienen herederos y gozan bienes eclesiásticos, de frio; y este podrá servir de ejemplo, pues viviendo no le dejan camisa, y la del cuerpo le hicieron de cortesia. Los ricos, por temor no les haga mal, vienen á hacelles mal, pues comiendo por onzas y bebiendo por dedales, viven por adarmes, muriendo de hambre, antes que de rigor de enfermedad; los pobres, como pobres, todos tienen misericordia dellos, unos les envían, otros les traen, todos de todas partes les acuden, especialmente cuando están en aquel extremo; y como les hallan desflaquecidos y hambrientos, no hacen eleccion; faltando quien se lo administre: comen tanto, que no pudiendo digerir por falta de calor natural, ahogándose con viandas, mueren ahitos. También acontece lo mismo aun en los hospitales, donde algunas piosamente captas, que por devocion los visitan, les llevan las faltriqueras y mangas llenas de colaciones, y criadas cargadas con espuestas de regalos; y creyendo hacerles con ello limosna, los entierran por amor de Dios. Mi parecer sería que no se consintiese, y lo tal antes lo den al enfermero que al enfermo; porque de allí saldrá con parecer del médico cada cosa para su lugar mejor distribuido; pues lo que así no se hace, es dañoso y peligroso; y en cuanto á caridad mal dispensada, no considerando el útil ni el daño, el tiempo ni la enfermedad, si conviene ó no conviene, los engargantan como á capones en cebadero, con que los matan. De aquí quede asentado, que lo tal se dé á los que administran, que lo sabrán repartir, ó en dineros, para socorrer otras mayores necesidades. ¶

¶ Oh qué gentil disparate! qué fundado en teología! ¿No veis el salto que he dado del banco á la popa? ¿Qué vida de Juan de Dios la mia para dar esta doctrina! Calentése el horno, y salieron estas llamaradas; podráseme perdonar por haber sido corte; como encontré con el cinco, llevémele de camino, así lo habré de hacer adelante las veces que se ofrezca: no mires á quien lo dice, sino á lo que se te dice, que el bizarro vestido que te pones no se considera si lo hizo un corcovado; ya te prevengo para que me dejes ó te armes de paciencia.

Bien sé que es imposible ser de todos bien recibido, que no hay vasija que mida los gustos, ni balanza que los iguale: cada uno tiene el suyo, y pensando que es el mejor, es el mas engañado, porque los mas los tienen muy estragados. ¶

Vuelvo á mi puesto, que me espera mi madre, ya viuda del primer poseedor, querida y tiernamente regalada del segundo. Entre esas y esotras, ya yo tenia cumplidos tres años, cerca de cuatro; y por la cuenta y reglas de la ciencia femenina tuve dos padres, que supo mi madre ahijarme á ellos, y alcanzó á entender y obrar lo imposible de las cosas: vedlo á los ojos; pues agradó igualmente á dos señores, trayéndolos contentos y bien servidos. Ambos me conocieron por hijo: el uno me lo llamaba, y el otro también; cuando el caballero estaba solo, le decia que era un estornudo suyo, y que tanta similitud no se hallaba en dos huevos; cuando hablaba con mi padre, afirmaba que él era yo, cortada la cabeza, que se maravillaba, pareciéndole tanto (que cualquier ciego lo conociera solo con pasar las manos por el rostro) no haberse descubierto, echándose de ver el engaño; mas que con la ceguedad que le amaban y confianza que harian de los dos, no se habia echado de ver ni puesto sospecha en ello; y así cada uno lo creyó, y ambos me regalaban: la diferencia sola fué ser en el tiempo que vivió el buen viejo, en lo público, y el extranjero en lo secreto, el verdadero; porque mi madre lo certificaba después, haciéndome largas relaciones destas cosas; y así protesto no me pare perjuicio lo que quisieren calumniarme: de su boca lo oí, su verdad refiero, que sería gran temeridad afirmar cuál de los dos me engendrara, ó si soy de otro tercero: en esto perdona la que me parió, que á ninguno está bien decir mentira, y menos al que escribe; ni quiero que digan que sustento disparates, mas la mujer que á dos dice que quiere, á entrambos engaña, y della no se puede hacer confianza. Esto se entiende por la soltera, que la regla de las casadas es otra: quieren decir que dos es uno, y uno ninguno, y tres bellaquería; porque no haciendo cuenta del marido (como es así la verdad), él solo es ninguno, y él con otro hacen uno, y con él otros dos, que son por todos tres, equivalen á los dos de la soltera: así que, conforme á su razon, cabal está la cuenta, sea como fuere, y el levantisco mi padre, que pues ellos lo dijeron, y cada uno por sí lo averaba, no es bien que yo apele, las partes conformes; por suyo me llamo, por tal me tengo, pues de aquella melonada quedé legitimado con el santo matrimonio; y estáme muy mejor, antes que diga un cualquiera que soy mal nacido é hijo de ninguno.

Mi padre nos amó con tantas veras, como lo dirán sus obras, pues tropelló con este amor la idolatría del que dirán, la comun opinion, la voz popular, que no le sabian otro nombre, sino la comendadora, y así respondia por él como si tuviera colada la encomienda; sin reparar en esto, ni dársele un cabello por esotro, se desposó y casó con ella. También quiero que entiendas que no lo hizo á humo de pajas, cada uno sabe su cuento, y mas el cuerdo en su casa que el necio en la ajena. En este tiempo intermedio, aunque la heredad era de recreacion, esa era su perdicion, el provecho poco, el daño mucho, la costa mayor, así de labores como de banquetes: las tales haciendas pertenecen solamente á los que tienen otras muy asentadas y acreditadas sobre quien cargue todo el peso, que á la mas gente no muy descensada son polilla que les come hasta el corazon, carcoma que se le hace ceniza, y cicuta en vaso de ámbar. Esto por una parte, los pleitos, los amores de mi madre, y otros gastos que ayudaron por otras, lo tenían harto delgado, á pique de dar estrallido, como lo habia de costumbre. Mi madre era guardosa, nada desperdiciada: con lo que en sus mocedades ganó, y en vida del caballero y con su muerte recogió, vino á

llegar casi diez mil ducados, con que se dotó. Con este dinero hallado de refresco, volvió un poco mi padre sobre sí, como torcida que atizan en candil con poco aceite: comenizó á dar luz, gastó, hizo carroza y silla de manos, no tanto por la gana que dello tenia mi madre, como por la ostentacion, que no le conocieran su flaqueza. Conservóse lo menos mal que pudo; las ganancias no igualaban á las espensas, uno á ganar y muchos á gastar; el tiempo por su parte apretar, los años caros, las correspondencias pocas y malas, lo bien ganado se pierde, y lo malo ello y su dueño; el pecado lo dió, y él (creo) lo consumió, pues nada lució, y mi padre de una enfermedad aguda en cinco dias falleció.

Como quedé niño de poco entendimiento, no senti su falta, aunque ya tenia de doce años adelante, y no embargante que venimos en pobreza, la casa estaba con alhajas, de que tuvimos que vender para comer algunos dias. Esto tienen las de los que han sido ricos, que siempre vale mas el remaniente que el puesto principal de las de los pobres, y en todo tiempo dejan rastros que descubren lo que fué, como las ruinas de Roma.

Mi madre lo sintió mucho, porque perdió bueno y honrado marido: hallóse sin él, sin hacienda, y con edad en que no le era lícito andar á rogar para valerse de sus prendas, ni volver á su crédito; y aunque su hermosura no estaba distraída, teníanla los años algo gastada; hacíasele de mal, habiendo sido rogada de tantas tantas veces, no serlo también entonces, y de persona tal que nos peleara, que no lo siendo, ni ella lo hiciera, ni yo lo permitiera. Aun hasta en esto fui desgraciado, pues aquel juro que tenia, se acabó cuando tuve del mayor necesidad; mal dije, se acabó, que aun estaba de provecho, y podia tener el dia que se puso tocas poco mas de cuarenta años. Yo he conocido después acá doncellas, de mas edad y no tan buena gracia, llamarse niñas, y afirmar que ayer salieron de mantillas; mas aunque á mi madre no se le conocia tanto, ella (como dije) no diera su brazo á torcer, y antes muriera de hambre, que bajar escalones ni faltar un quilate de su punto.

Veisme aquí sin uno y otro padre, la hacienda gastada, y lo peor de todo cargado de honra, y la casa sin persona de provecho para poderla sustentar. Por la parte de mi padre no me hizo el Cid ventaja, porque atravesé la mejor partida de la señoría; por la de mi madre no me faltaban otros tantos, y mas cachivaches de los abuelos. Tenia mas enjertos que los cigarrales de Toledo, segun después entendí: como cosa publica lo digo, que tuvo mi madre dechado en la suya, y labor de que saear cualquier obra virtuosa; y así por los propios pasos parece la iba siguiendo, salvo en los partos, que á mi abuela le quedó hija para su regalo, y á mi madre hijo para su perdicion. Si mi madre enredó dos, mi abuela dos docenas; y como pollos (como dicen) los hacia comer juntos en un tiesto y dormir en un nidal, sin picarse los unos á los otros, ni ser necesario echalles capirotes. Con esta hija enredó cien linajes, diciendo y jurando á cada padre que era suya, y á todos les parecia, á cual en los ojos, á cual en la boca, y en mas partes y composturas del cuerpo, hasta fingir lunares para ello, sin faltar á quien pareciera en el escupir. Esto tenia por escelencia bueno, que la parte presente, siempre la llamaba de aquel apellido, y si dos ó mas habia, el nombre á secas: el proprio era Marcela, su don por encima despolvoreado, porque se compadecia menos dania sin don, que casa sin aposento, molino sin rreda, ni cuerpo sin sombra. Los cognombres pues eran como quiera, yo certifico que procuró apoyarla con lo mejor que pudo, dándole mas casas nobles que pudiera un rey de armas, y fuera repetirlas una letanía. A los Guzmanes era donde se inclinaba mas, y certifico en secreto á mi madre, que á su parecer, segun le dictaba su conciencia y para deseargo della, ereia, por algunas indi-

rectas, haber sido hija de un caballero deudo, cercano á los duques de Medinasidonia.

Mi abuela supo mucho, y hasta que murió tuvo que gastar, y no fué maravilla, pues le tomó la noche cuando á mi madre le amanecía, y la halló consigo á su lado, que el primer tropezon le valió mas de cuatro mil ducados, con un rico perulero, que contaba el dinero por espuestas. Nunca falleció de su punto ni lo perdió de su deber, ni se le fué cristiano con sus derechos, ni dió al diablo primicia. Aun si otro tanto nos aconteciera, el mal fuera menos, ó si como nací solo, naciera una hermana, arrimo de mi madre, báculo de su vejez, columna de nuestras miserias, puerto de nuestros naufragios, diéramos dos ligas á la fortuna. Sevilla era bien acomodada para cualquier granjería, y tanto se lleve á vender, como se compra; porque hay mercantes para todo, es patria comun, dehesa franca, ñudo ciego, campo abierto, globo sin fin, madre de huérfanos y capa de pecadores, donde todo es necesidad y ninguno la tiene, ó si no la corte, que es la mar que todo lo sorbe, y adonde todo va á parar, que no fuera yo menos hábil que los otros, no me faltaran entretenimientos, oficios, comisiones, y otras cosas honrosas con tal favor á mi lado, que era tenerlo en la bolsa; y á mal suceder, no nos pudiera faltar de comer y beber como reyes, que el hombre que lleva semejante prenda que empeñar ó vender, siempre tendrá quien la compre ó le dé sobre ella lo necesario. Yo fui desgraciado, como habeis oido, quedé solo, sin árbol que me hiciese sombra, los trabajos acuestas, la carga pesada, las fuerzas flacas, la obligacion mucha, la facultad poca: ved si un mozo como yo, que ya galleaba, fuera justo con tan honradas partes estimarse en algo.

El mejor remedio que hallé fué probar la mano para salir de miseria, dejando á mi madre y tierra. Hicelo así, y para no ser conocido, no me quise valer del apellido de mi padre, púseme el Guzmán de mi madre, y el Alfarache de la heredad adonde tuve mi principio; con esto salí á ver mundo, peregrinando por él, encomendándome á Dios y buenas gentes, en quien hice confianza.

CAPITULO III.

Cómo Guzmán salió de su casa un viernes por la tarde, y lo que le sucedió en una venta.

Era yo muchacho, vicioso y regalado, criado en Sevilla, sin castigo de padre, la madre viuda (como lo has oido), cebado á torreznos, molletes y mantequillas y sopas de miel rosada, mirado y adorado mas que hijo de mercader de Toledo, ó tanto; hacíase de mal dejar mi casa, deudos y amigos, demás que es dulce amor el de la patria. Siéndome forzoso, no pude escusarlo; alentábame mucho el deseo de ver mundo, ir á reconocer en Italia mi noble parentela; salí, que no debiera (bien pude decir), tarde y con mal; creyendo hallar copioso remedio, perdí el poco que tenia; sucedióme lo que al perro con la sombra de la carne: apenas habia salido de la puerta, cuando sin poderlo resistir, dos Nilos reventaron de mis ojos, que regándome el rostro en abundancia, quedó todo de lágrimas bañado: esto y querer anochecer no me dejaban ver cielo ni palmo de tierra por donde iba. Cuando llegué á San Lázaro, que está de la ciudad poca distancia, sentéme en la escalera ó gradas por donde suben á aquella devota ermita. Allí hice de nuevo alarde de mi vida y discursos della; quisiera volverme, por haber salido mal apercebido, con poco acuerdo y poco dinero para viaje tan largo, que aun para corto no llevaba, y sobre tantas desdichas (que cuando comienzan vienen siempre muchas, y enzazadas unas de otras como cerezas) era viernes en la noche y algo escura, no habia cenado ni merendado; si fuera dia de carne, que á la salida de la ciudad aunque fuera naturalmente ciego, el olor me llevara en alguna pastelería á comprar un pastel con que me entretuviera y enjugara el

llanto, el mal fuera menos. Entonces eché de ver cuánto se siente más el bien perdido, y la diferencia que hace del hambriento el harto: todos los trabajos comiendo se pasan; donde la comida falta, no hay bien que llegue ni mal que no sobre, gusto que dure, ni contento que asista; todos riñen sin saber por qué, ninguno tiene culpa, unos á otros se la ponen, todos trazan y son quimeristas, todo es entonces gobierno y filosofía. Vime con ganas de cenar, y sin qué poder llegar á la boca, salvo agua fresca de una fuente que allí estaba; no supe qué hacer, ni á qué puerta echar; lo que por una parte me daba osadía, por otra me acobardaba; hallábame entre miedos y esperanzas, el despeñadero á los ojos, y lobos á las espaldas; anduve vacilando, quise ponerlo en las manos de Dios, entré en la iglesia, hice mi oración breve, pero no sé si devota: no me dieron lugar para más, por ser hora de cerrarla y recogerse. Cerróse la noche y con ella mis imaginaciones, mas no los manantiales y llanto; quedéme con él dormido sobre un pozo del portal, acá fuera; no sé qué lo hizo, si es que por ventura las melancolías quiebran el sueño, como lo dió á entender el montañés, que llevando á enterrar á su mujer, iba en piernas, descalzo, y el sayo al revés, lo de dentro afuera.

En aquella tierra están las casas apartadas, y algunas muy lejos de la iglesia; y pasando por la taberna, vió que vendían vino blanco, fingió quererle quedar á otra cosa, y dijo: «anden, señores, con la malograda, que en un trote los alcanzo.» Así se entró en la taberna, y de un sorbido en otro, emborrachóse y quedóse dormido; cuando los del acompañamiento volvieron del entierro y lo hallaron tendido en el suelo, lo llamaron; él, recordando, les dijo: «mal hora, señores, perdonen sus mercedes, que ma Dios non hay así cosa, que tanta sed y sueño poña como sinsabrosos.» Así yo, que ya era del sábado el sol salido casi con dos horas cuando vine á saber de mí; no sé si despertara tan presto, si los panderos y bailes de unas mujeres que venían á velar aquel día (con el tañer y cantar) no me recordaran. Levantéme, aunque tarde, hambriento y soñoliento, sin saber dónde estaba, que aun me parecía cosa de sueño: cuando vi que eran veras, dije entre mí: echada está la suerte, vaya Dios conmigo, y con resolución comencé mi camino; pero no sabía para dónde iba ni en ello había reparado. Tomé por el uno que me fué más hermoso, fuera donde fuera; por lo de entonces me acuerdo de las casas y repúblicas mal gobernadas, que hacen los piés el oficio de la cabeza; donde la razón y entendimiento no despachan, es fundir el oro, salga lo que saliere, y adorar después un becerro. Los piés me llevaban, yo los iba siguiendo, saliera bien ó mal, á monte ó á poblado.

¶ Quisome parecer á lo que aconteció en la Mancha con un médico falso: no sabía letra, ni había nunca estudiado; traía consigo gran cantidad de recetas, á una parte de jarabes, y á otra de purgas; y cuando visitaba algun enfermo (conforme al beneficio que le había de hacer), metía la mano y sacaba una, diciendo primero entre sí: Dios te la depare buena, y así le daba la con que primero encontraba. En sangrias no había cuenta con vena ni cantidad, mas de á poco mas ó menos, como le salía de la boca, así se arrojaba por medio de los trigos. Pudiera entonces decir á mi mismo: Dios te la depare buena, pues no sabía la derrota que llevaba, ni á la parte que caminaba; mas como su divina Majestad envía los trabajos según se sirve, y para los fines que sabe, todos enderezados á nuestro mayor bien, si queremos aprovecharnos dellos, por todos le debemos dar gracias; pues son señales que no se olvida de nosotros, á mi me comenzaron á venir y me siguieron, sin dar un momento de espacio desde que comencé á caminar, y así en todas partes nunca me faltaron; mas no eran estos de los que Dios envía, sino los que yo me buscaba: hay diferencia de

unos á otros, que los venidos de la mano de Dios, él sabe sacarme dellos, y son los tales minas de oro finísimo, joyas preciosísimas cubiertas con una lijera capa de tierra, que con poco trabajo se pueden descubrir y hallar; mas los que los hombres toman por sus vicios y deleites, son píldoras doradas, que engañando la vista con apariencia falsa de sabroso gusto, dejan el cuerpo descompuesto y desbaratado: son verdes prados, llenos de ponzoñosas víboras, piedras (al parecer) de mucha estima, y debajo están llenas de alacranes, muerte eterna, que engaña con breve vida. ¶

Este día, cansado de andar solas dos leguas pequeñas (que para mí eran las primeras que había caminado), ya me pareció haber llegado á los antipodas, y como el famoso Colón, descubierto un nuevo mundo; llegué á una venta sudando, polvoroso, despeado, triste, y sobre todo, el molino picado, el diente agudo, y el estómago débil: sería mediodía, pedí de comer, dijeron que no había sino solo huevos, no tan malo si lo fueran, que á la bellaca de la ventera, con el mucho calor, ó que la zorra le matase la gallina, se quedaron empollados, y por no perderlo todo los iba encajando con otros buenos; no lo hizo así conmigo, que cuales ella me los dió le pague Dios la buena obra; vióme muchacho, boquirubio, cariampollado, chapeton, pareció un Juan de buena alma, y que para mí bastara que quiera. Preguntóme: ¿de dónde sois, hijo? Díjele que de Sevilla; llegóseme mas, y dándome con su mano unos golpecitos debajo de la barba, me dijo: ¿y adónde va el bobito? ¡Oh poderoso Señor! y cómo con aquel su mal resuello me pareció que contraje vejez, y con ella todos los males; y si tuviera entonces ocupado el estómago con algo, lo trocará en aquel punto, pues me hallé con las tripas junto á los labios. Díjele que iba á la corte, que me diese de comer. Hizome sentar en un banquillo cojo, y encima de un pozo me puso un barretero de horno, con un salero hecho de un suelo de cántaro, un tiesto de gallinas lleno de agua, y una media hogaza mas negra que los manteles. Luego me sacó en un plato una tortilla de huevos, que pudiera llamarse mejor emplastro de huevos: ellos, el pan, jarro, agua, salero, sal, manteles y la huéspedada, todo era de lo mismo. Halléme bozal, el estómago apurado, las tripas de posta, que se daban unas con otras de vacías; comí, como el puerco la bellota, todo á hecho, aunque verdaderamente sentía crujir entre los dientes los tiernecitos huesos de los sin ventura pollos, que era hacerme como cosquillas en las encías. Bien es verdad, que se me hizo novedad y aun en el gusto, que no era como el de los otros huevos que solía comer en casa de mi madre; mas dejé pasar aquel pensamiento con la hambre y el cansancio, pareciéndome que la distancia de la tierra lo causaba, y que no eran todos de un sabor ni calidad; yo estaba de manera que aquello tuve por buena suerte.

Tan propio es al hambriento no reparar en salsas, como al necesitado salir á cualquier partido; era poco, pasélo presto con las buenas ganas; en el pan me detuve algo mas, comilo á pausas, porque siendo muy malo, fué forzoso llevarlo de espacio, dando lugar unos bocados á otros que bajasen al estómago por su orden; comencélo por las cortezas y acabélo en el migajón, que estaba hecho engrudo; mas tal cual no le perdoné letra, ni les hice á las hormigas migaja de cortesia, mas que si fuera poco y bueno. Así acontece si se juntan buenos comedores en un plato de fruta, que picando primero en la mas madura, se comen después la verde, sin dejar memoria de lo que allí estuvo. Entonces comí (como dicen) á rempujones media hogaza, y si fuera razonable y hubiera de batar á mis ojos, no hiciera mi agosto con una entera de tres libras. Era el año estéril de seco, y en aquellos tiempos solía Sevilla padecer, que aun en los prósperos pasaba trabajosamente; mirad lo que pasaria en los adver-

sos; no me está bien abondar en esto, ni el decir el por qué; soy hijo de aquella ciudad; quiero callar, que todo el mundo es uno, todo corre unas parejas, ninguno compra regimiento con otra intención que para granjería, ya sea pública ó secreta; pocos arrojan tantos millares de ducados para hacer bien á los pobres, sino á sí mismos, pues para dar medio cuarto de limosna la examinan.

¶ Así pasó con un regidor que viéndole un viejo de su pueblo escuder de su obligación, le dijo: ¿cómo, Fulano N., eso no es lo que jurastes cuando en ayuntamiento os recibieron, que habiades de volver por los menudos? El respondió diciendo: ¿ya no veis cómo lo cumplo, pues vengo por ellos cada sábado á la carnicería? mi dinero me cuestan; y eran los de los carneros. Desta manera pasa todo en todo lugar; ellos traen entre sí la masa rodando, hoy por mí, mañana por tí, déjame comprar, dejaréte vender: ellos hacen los estancos en los mantenimientos; ellos hacen las posturas como en cosa suya, y así lo venden al precio que quieren; porque todo es suyo cuanto se compra y vende. Soy testigo, que un regidor de una de las mas principales ciudades de Andalucía y reino de Granada tenía ganado, y porque hacía frío no se le gastaba la leche del, todos acudían á los buñuelos; pareciéndole que perdía mucho si la cuarema entraba y no lo remediaba, propuso en su ayuntamiento que los moriscos buñoleros robaran la república; dió cuenta por menor de lo que les podían costar, y que salían á poco mas de seis maravedis, y así los hizo poner á ocho, dándoles moderada ganancia; ninguno los quiso hacer, porque se perdían en ellos, y en aquella temporada él gastaba su esquilmo en mantequillas, natas, queso fresco y otras cosas, hasta que fué tiempo de cabaña, y cuando comenzó á queasar, se los hizo subir á doce maravedis, como estaban antes; pero ya era verano y fuera de sazón para hacerlos. Contaba él este ardid, ponderando cómo los hombres habían de ser vividores. Alejádonos hemos del camino, volvamos á él, que no es bien cargar solo la culpa de todo al regimiento, habiendo á quien repartir. Demos algo desto á proveedores y comisarios, y no á todos, sino á algunos, y sea de cinco á los cuatro, que destruyen la tierra, roban á los miserables y viudas, engañando á sus mayores y mintiendo á su rey: los unos por acrecentar sus mayorazgos, y los otros por hacerlos, y dejar de comer á sus herederos. ¶

¶ Esto también es diferente de lo que aquí he de tratar, y pide un entero libro; de mi vida trato en este, quiero dejar las ajenas, mas no sé si podré, poniéndome los cabes depalata, dejar de tiralles, que no hay hombre cuerdo á caballo; cuanto mas que no hay que reparar de cosas tan sabidas: lo uno y lo otro todo está recibido, y todos caminan á viva quien vence; mas ¡ay! cómo nos engañamos, que somos los vencidos, y el que engaña es el engañado! Digo pues, que Sevilla, por fas ó por nefas (considerada su abundancia de frutos, y la carestía dellos) padece esterilidad, y aquel año hubo mas, por algunos desórdenes ocultos y codicias de los que habían de procurar el remedio, que solo atendían á su mejor fortuna. El secreto andaba entre tres ó cuatro, que sin considerar los fines, tomaron malos principios y endemoniados medios, en daño de su república. He visto siempre en todo lo que he peregrinado, que estos ricachos poderosos, muchos dellos son balleñas, que abriendo la boca de la codicia, lo quieren tragar todo para que sus casas estén proveídas, y su renta multiplicada, sin poner los ojos en el pupilo buérfano, ni el oído á la voz de la triste doncella, ni los hombros al reparo del flaco, ni las manos de caridad en el enfermo y necesitado; antes con voz de buen gobierno, gobierna cada uno como mejor vaya el agua á su molino; publican buenos deseos, y ejercitanse en malas obras, hácese ovejitas de Dios, y esquilman al diablo. Amasábase pan de centeno, y no tan malo; el que tenía trigo sacaba

para su mesa la flor de la harina, y todo lo restante traía en trato para el comun; hacíanse panaderos, abrasaban la tierra los que debieran dejarse abrasar por ella. No te puedo negar que tuvo esto su castigo, y que había muchos buenos á quien lo malo parecía mal; pero en las necesidades no se repara en poco, demás que el tropel de los que lo hacían arrinconaba á los que lo estorbaban, porque eran pobres, y si pobres, basta; no te digo mas, haz tu discurso. ¶

¶ ¿No ves mi poco sufrimiento, cómo no pude abstenerme, y cómo sin pensar corrió hasta aquí la pluma? Arrimáronme el acicate, y torcíme á la parte que picaba; no sé qué disculpa darte, sino es la que dan los que llevan por delante sus bestias de carga, que dan con el hombre que encuentran contra una pared ó le derriban por el suelo, y después dicen: perdone. En conclusion, todo el pan era malo, aunque entonces no me supo muy mal; regáléme comiendo, alegréme bebiendo, que los vinos de aquella tierra son generosos. ¶

Recobréme con esto, y los piés cansados de llevar el vientre, aunque vacío y de poco peso, ya siendo lleno y cargado, llevaba á los piés; y así proseguí mi camino, no con poco cuidado de saber qué pudiera ser aquel tañerme castañetas los huevos en la boca; fui dando y tomando en esta imaginación, y cuando mas la seguía, mas géneros de desventuras se me representaban, y el estómago se me alteraba, porque nunca sospeché cosa menos que asquerosa, viéndolos tan mal guisados, el aceite negro, que parecía de suelos de candiles; la sartén puerca, y la ventera legañosa. Entre unas y otras imaginaciones encontré con la verdad, y teniendo andada otra legua, con solo aquel pensamiento, fué imposible resistirme, porque como á mujer preñada, me iban y venían erupciones del estómago á la boca, hasta que de todo punto no me quedó cosa en el cuerpo, y aun el día de hoy me parece que siento los pobrecitos pollos piándose acá dentro. Así estaba sentado en la falda del vallado de unas viñas considerando mis infortunios, harto arrepentido de mi mal considerada partida, que siempre los mozos se despeñan tras el gusto presente, sin reparar ni mirar el daño venidero.

CAPITULO IV.

En que Guzmán de Alfarache refiere lo que un arriero le contó que le había pasado á la ventera de donde había salido aquel día, y una plática que le hicieron.

Confuso y pensativo estaba recostado en el suelo sobre el brazo, cuando acertó á pasar un arriero, que llevaba la recua de vacío á cargarla de vino en la villa de Cazalla de la Sierra. Viéndome de aquella manera, muchacho, sofo, afligido, mi persona bien tratada, comencé (á lo que entonces dél creí) á dolerme de mi trabajo, y preguntádomelo que tenía, le dije lo que en la venta me había pasado. Apenas lo acabé de contar, cuando le dió tan extraña gana de reir, que me dejó casi corrido, y el rostro, que antes tenía de color de difunto, se me encendió con ira en contra dél; mas como no estaba en mi muladar, y me hallé desarmado en un desierto, reportéme por no poder cantar como quisiera, que es discreción saber disimular lo que no se puede remediar, haciendo el regaño risa, y los fines dudosos de conseguir en los principios se han de reparar, que son las opiniones varias, y las honras vidriosas, y si allí me descomidiera, quizá se me atrevieran, y sin aventurar á ganar iba en riesgo y aun cierto de perder, que las competencias hanse de huir, y si forzoso las ha de haber sea con iguales, y si con mayores, no á lo menos menores que tú, ni tan aventajados á ti que te tropellen: en todo hay vicio, y tiene su cuenta, mas aunque me abstuve, no pude menos que con viva cólera decirle: ¿vos, hermano, veisme alguna corozá, ó de qué os reis? El, sin dejar la risa, que pareció tenerla por desatajo se-